



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11852

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jer.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 1.^o de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 14 DE MAYO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA CARCEL

En distintas ocasiones, nos hemos ocupado del lamentable abandono en que se tiene tan importante cuestión.

Nadie que no conozca á Cartagena puede creer que carezcamos de una cárcel.

Todo el que sepa la importancia de esta ciudad, ha de creer que contamos con edificio tan necesario.

Cuanto vienen animados de humanitarios sentimientos, protestan del abandono en que se tiene á los reclusos, en el inhumano edificio que hoy se ha dado en llamar cárcel de partido.

Tiempo es ya de que por quien corresponda, se ponga término á un asunto tan importante.

Es altamente censurable, que dentro de un edificio que después de ser viejo, no reúne condición higiénica alguna, se albergue un número de infelices, si bien dignos de castigo, dignos también de ser mirados con más consideración, pensando para ello, que bastante espacio y bastante satisfacción dan á la Sociedad, con vivir encerrados y separados de los hombres honrados.

Nadie desconoce que la Ley humana como la ley divina, lejos de autorizar á las autoridades tan lamentable descuido, las castiga, haciéndoles merecedoras de las censuras que emanan de labios de cuantos pasan y visitan el edificio, que hoy recibe el nombre de penal, donde las enfermedades y las pestilentes olores son una sentencia de muerte.

Bien sabemos que estas líneas escritas espontáneamente, por la irritabilidad que nos produce este inconcebible abandono, ya de muchos años, no producirán los efectos, que la opinión y nosotros de-

seamos; pero al menos conseguiremos hacer llegar á nuestras autoridades el eco de nuestras justas reclamaciones.

Muchas mejoras se han realizado en Cartagena, y por esto es más censurable lo tavia que esta ciudad no cuente con una cárcel, digna de su nombre.

Mucho puede hacer en este asunto el alcalde Sr Bruna, cuya actividad y buenos deseos, conocemos perfectamente.

Con que así manos á la obra, para que en breve plazo pueda contar Cartagena con una buena Carcel de partido.

TIJERETAZOS

Leemos en «La Publicidad» de Barcelona:

«La comisión enviada á los arsenales del Estado para investigar las construcciones de los buques parece que está descorazonada.

El «General Liners» y el «Princesa de Asturias» están retrasadísimos.

Ahora sale dicha comisión para el Ferrol donde se construye el «Reina Regente» desde hace algunos años y el «Cardenal Cisneros» que comenzó á construirse poco menos que en tiempo de la batalla del Salado, y lleva trazas de concluirse el día del Juicio Final.

Y cuenta que con lo que se ha gastado en la construcción de esos buques que Dios sabe cuando saldrán á la mar, podíamos tener una escuadra numerosa.

Pero en España, ya se sabe, la construcción de un buque de guerra es el pretexto para que vivan años y años numerosas familias, viviendo esa clase de trabajos á sustituir la antigua sopa de los conventos.»

«¿Qué tiene que ver la mala administración con los obreros?

Ataque á aquella, pero dejese á estos, que hácto trabajo tienen.

En los arsenales habrá algunos obreros ancianos que consumieron su vida en los talleres; pero eso no puede darles viso de casas de beneficencia.

Y el suprimir unos cuantos jornales que, después de todo, no causarían el célebre

ahorro, del consabido chocolate, en nada mejorarían la situación del país.

Esto es si al deterrar la supresión de esos pobres obreros, no se levantaba «La Publicidad» tachando al Ministro que lo hiciera de miserable y desagradecido.

Se dan casos.

«El Correo Español» pide que se unan todos los españoles bajo la bandera de Dios, Patria y Rey.

¡Majadero!

No se unirían para ir á coger monedas de cinco duros y quieros que se usan para eso.

Dice «El Español» que en manos de los gobiernos españoles se ha deshecho todo: colonias, presupuestos, libertad y decoro.

No olvide el colega que en esos gobiernos ha sido ministro su patrono Gamazo.

Un despacho del generalísimo inglés en el Africa del Sur dice que los boer han tenido desde el día 7 ciento sesenta y cinco bajas.

Eso boer serán imaginarios, ¡Sino deben quedar!

(PARENTESIS)

MONOLOGO DE UN CICLISTA

Este es el spor de gasto, esto es lo que causó asombro á las mujeres bonitas y al mundo, de Polo á Polo: ¡ver un muchacho elegante vestido de traje corto!

—Me refiero al pantalón, no al traje de matar toros que usan esos hombres cursis y flamenos y... horrosos, ¡vaya, que yo no transijo con la atención á los toros, que á más de no ser inglesa, modé que hoy nos priva á todos, es fiesta de populacho, y salvaje y de mal tono! como dije, no recuerdo si *Glaston* ó San Teodoro. El traje, que distinguido, y que elegante, y que todo! comprendo que las muchachas se jactaban de nosotros, al vernos tan elegantes, con el calzadito corto,

y la blusa muy ceñida coronada con el gorro que también hace, sabiendo llevarlo con cierto tono pícaro: por ejemplo como yo, torcido un poco, que dice claro al que entiendo dos dedos de ponerse gorros, que soy un calaverilla de esos á quien *Paman lucos*, felicidad de solteras, eizaña de matrimonios, y comprendo, ya lo creo, más que comprendo, conozco que hay casadas que distinguen, y se *flechan* de nosotros al vernos sobre estas ruedas correr, rándos enal Eolo, —que según creo es el viento— la pista del velódromo

Dijo; y dándole á los pedales con un ímpetu asombroso, se alejó de donde estaba, despertando de su insomnio. Y no pude escuchar más que esta parte del monólogo.

Aveling

LA GUERRA HISPANOAMERICANA

bajo el punto de vista médico

Por una extraña y singular coincidencia, en estos momentos de amargo recuerdo para todos los que servimos en la Marina, y especialmente para los que hace tres años formábamos parte de las dotaciones de los buques de nuestras escuadras infortunadas, he recibido un hermoso libro que, en mi concepto, tiene una importancia extraordinaria, por hallarse exclusivamente consagrado á analizar uno de los aspectos más interesantes de nuestra desdichada guerra con la poderosa República norteamericana.

Escritores distinguidos de todos los países han dedicado á este asunto las fuerzas de su entendimiento, y los empeños de su voluntad, y aunque no les ha sido á todos igualmente propicia, la fortuna, es indudable que la biografía de la guerra se enriquece poco á poco, y andando el tiempo llegará un día en que cuente con los elementos necesarios para que pueda escribirse la historia completa, verídica y razonada.

Hasta ahora, ni el capitán de navío Mahan, en sus interesantes cartas publicadas en el *Times*; ni el libro de Mr. Ch. Morris, *The American War with Spain*, escrito con más pasión que conocimiento; ni el *Don Quixote* de Mr. H. W. Wilson, expresamente escrito para envolver en nebulosidad los dorados altares de alguna nueva y venturosa doctad; ni el *Annual Report* del departamento de Marina americano del año 1898; voluminosa recopilación de documentos oficiales; ni el libro titulado *Guerra Hispano Americana*, del escritor francés monsieur Ch. Crile, en el cual traza, á grandes rasgos, los hechos más salientes de la pasada campaña; ni el estudio concienzudo y serio de la guerra hecho por el coronel sir J. Clarke en el *Brassie* de 1899; ni los artículos que Bonamico escribió en la *Revista Marítima*, olvidándose de que no son los escritores italianos los que deben juzgar con mayor severidad las desdichas de las Marinas ajenas cuando son tan grandes y tan universalmente conocidas las suyas propias; ni siquiera mi antiguo comandante de la «*Nautilus*» y querido amigo D. Victor Coueas, en su *Escuadra del almirante Cervera*, obra con tanta justicia y tan generalmente alabada, han hecho otra cosa que estudiar el problema bajo el punto de vista político, marítimo ó militar que les era propio y que más directamente les interesaba ó que más en armonía se hallaba con sus aficiones, aptitudes ó propósitos.

Ofrece, sin embargo, esta, como todas las guerras, puntos de vista importantísimos que á todos interesan igualmente, y que eso no obstante, somos los médicos militares los que estamos llamados á estudiarlos de un modo especial, reconcentrando en ellos toda nuestra atención y examinándolos con el más profundo y mayor detenimiento.

No quiero decir con esto que el militar ó al marino inspire poco interés lo que se refiere á la salud ó á la vida del marinero ó del soldado. Todos saben muy bien que hoy lo mismo que en tiempos de Roma, el factor hombre es el primer elemento de toda campaña, y que no hay lucha posible ni empresa que llegue á término feliz cuando los alegres campamentos se convierten en tristes hospitales y las escuadras más poderosas se convierten en flotantes lazaretos de apostados. El guerrero devorado por la fiebre ó aniquilado por el veneno de cualquiera otra enfermedad no tiene bríos para

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 44

EL SITIO DE SEBASTOPOL.

45

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 48

dos veces en casa de un amigo común. No sentía, pues, positivamente ningún placer en pasear con aquellos dos compañeros, que encontraba cinco ó seis veces al día, y á los cuales estrechaba todas ellas la mano; no había venido al pasajo para semejante cosa.

Hubiera querido acercarse al ayudante de campo con el cual cambiara el saludo, y alternar con aquellos caballeros, no para que los capitanes Objogof, Suslikof, el teniente Paschitzky y otros le vieran con ellos en conversación, sino sencillamente porque eran personas agradables, al oírse de las noticias, y que le habrían referido algo nuevo. ¿Por qué tiene miedo Mikhailof y no se decide á abordarlos? ¿Es que se pregunta con inquietud lo que hará si esos señores no le devuelven el saludo; si continúan charlando entre sí, haciendo como que no le han visto y si se alían dejándole solo entre los aristócratas? La palabra aristócrata, en sentido de grupo escogido, entrecasado del montón, perteneciente á una clase que ha adquirido el poder hace algún tiempo entre nosotros, en Rusia—donde no debiera haber echado raíces, á lo que parece—extraordinaria popularidad, penetrando en todas las capas sociales en donde la vanidad se inventará. ¿Y dónde no se inventa tan lamentable adicción? En todas partes, en-

tre los empleados, los comerciantes, los ferrisles, oficiales; en Saratof, en Mamadisch, en Venitsy, en una palabra, doquiera que haya hombres. Ahora bien: como en la ciudad sitiada de Sebastopol hay también muchísima vanidad; lo cual quiere decir que los aristócratas están en gran número, por más que la muerte se cierna constantemente sobre las cabezas de todos, aristócratas ó no.

Para el capitán Objogof, el capitán de segunda, Mikhailof, es un aristócrata, para el capitán de segunda, Mikhailof, el ayudante de campo Kalugin será un aristócrata, porque es tal ayudante de campo y se trata con tal otro ayudante; en fin, para Kalugin, el conde Nordof será un aristócrata, porque es el ayudante del emperador.

¡Vanidad, vanidad, y solo vanidad! ¡Hasta junto al atad y entre gentes prontas á morir por una idea elevada! ¿No será la vanidad el rasgo característico, la enfermedad que distingue al siglo actual? ¿Por qué no se conocía en otro tiempo esta debilidad, más de lo que eran conocidos el cólera ó las viruelas? ¿Por qué no existen en nuestros días más que tres clases de hombres: unos que aceptan la vanidad como un hecho existente necesario, y por consecuencia justo, y que se someten á él libremente; otros que la consideran como un elemento nefasto, pero impo-

preguntó tímidamente Mikhailof, mirando uno tras otro á Kalugin y Galtzin.

Nadie le contestó; el Príncipe hizo un ligero movimiento, y dirigiendo una mirada por encima de la gorra de Mikhailof.

—¡Qué bonita muchachal—dijo tres uoce minutos de silencio—allá abajo, con el pañuelo colorado.—¿La conoce V., capitán?

—Es hija de un marinero; vive junto á mi casa—respondió este.

—Vamos á verla más de cerca.

Y el príncipe Galtzin se cogió del brazo; por un lado á Kalugin, por el otro al capitán de segunda, persuadido de que por posición á esto, al proceder así, viva satisfacción Y no se engañaba. Mikhailof era superticioso, y á sus ojos, gran pecado ocuparse de mujeres antes de entrar en fuego; pero aquel día se las echó de libertino. Ni Kalugin ni Galtzin se dejaron engañar; la joven del pañuelo de color se sorprendió mucho, pues más de una vez había observado que el capitán se ponía colorado al pasar ante su ventana.

Praskanin iba de rás de los otros y daba con el codo al Príncipe haciendo toda suerte de comentarios en francés, pero como el estrecho callejón de árboles no les permitía marchar los cuatro de fren-